

23 de enero de 2022 - 3er domingo "C

[Ne 8:1...10; 1 Cor 12:12-30; Lc 1:1-4; 4:14-21](#)

Homilía

Cuando Jesús lee el pasaje mesiánico de Isaías, trunca deliberadamente la profecía que terminaba así: "El Espíritu del Señor me ha enviado... a proclamar un año de bendiciones del Señor, un día de venganza de nuestro Dios." Así, Jesús suprimió deliberadamente del texto de Isaías esta mención de la venganza divina, que ciertamente esperaban sus oyentes de la sinagoga de Nazaret. Deberíamos recordarlo cada vez que, en nuestras relaciones entre individuos, iglesias o pueblos, pretendamos tener derecho a ejercer la venganza divina, una pretensión que está en la raíz de todo fanatismo religioso.

Dentro de dos días concluiremos la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, y sabemos que esta unidad nunca se logrará sin un profundo respeto por la gran diversidad que existe y ha existido siempre en la familia cristiana. En este contexto, es muy apropiado escuchar las reflexiones de Pablo, en su carta a los Corintios, sobre la gran diversidad en la Iglesia, a la que compara con un cuerpo humano.

La primera lectura de hoy del libro de Nehemías también es interesante en este sentido. El pueblo de Israel había olvidado la Ley del Señor. Esta Ley es redescubierta y proclamada solemnemente de nuevo por el sacerdote Esdras en la época del profeta Nehemías. También es bueno que, de vez en cuando, volvamos a leer nuestra historia cristiana desde el principio. Por eso, al comienzo del tiempo "ordinario" del año litúrgico, en este tercer domingo iniciamos la lectura del Evangelio de Lucas desde los primeros versículos.

Dentro de dos días celebraremos la solemnidad de los santos fundadores de la Orden de Citeaux, otro comienzo. Sería bueno que, en nuestra lectio personal, volviéramos a leer los primeros documentos de nuestra Orden, que nos hablan de los inicios de nuestro carisma, empezando por las sencillas pero solemnes palabras del Pequeño Exordio: "Nosotros, los primeros monjes cistercienses, fundadores de esta comunidad...". Ellos también tuvieron que hacer valer su derecho a ser diferentes.

Jesús utiliza varias imágenes de sus discípulos, como la vid y el rebaño. Pablo habla de la Iglesia como un edificio o, más a menudo, como hace hoy, como un cuerpo con muchos miembros, cada uno con su función especial.

En el contexto de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, que celebramos estos días, hay una pregunta que a veces oímos formular: "¿Fundó Jesús realmente la Iglesia?" A esta pregunta, que puede parecer terriblemente iconoclasta para algunos y poco importante para otros, no se puede responder con un simple "sí" o "no".

Si por Iglesia entendemos la estructura de la institución eclesial tal y como existe hoy, en todos sus detalles, con su curia romana, sus cardenales, su liturgia y su derecho canónico, la respuesta es ciertamente "no". Son estructuras que la comunidad cristiana se ha dado a sí misma a lo largo de los años y los siglos para responder a las nuevas necesidades de cada época.

Sin embargo, Jesús llamó a un grupo de discípulos que le siguieron y a los que dio la orden de mantener viva su memoria y de llevar su mensaje hasta los confines de la tierra. Esta comunidad, reunida en torno a Jesús y enviada por Jesús, es la Iglesia. En este sentido, sí, Jesús fundó la Iglesia. Luego, los primeros cristianos, cuando empezaron a dar testimonio de Cristo y de su Evangelio, establecieron varios ministerios correspondientes a diferentes carismas.

Pidamos al Señor, en este día, que nos dé ojos puros y humildes que nos permitan ver, en la gran diversidad del pueblo cristiano y de la familia cisterciense, una diversidad de misiones. Dejemos de ver a los demás como "menos cristianos" porque siguen una tradición cristiana diferente, o como "menos cistercienses" porque su modo de vida se ha adaptado a condiciones diferentes a las nuestras. Veamos en esta diversidad una gran riqueza.

Todavía resuenan en nuestros oídos y en nuestros corazones las palabras del Testamento del Padre Christian de Chergé de Tibhirine, cuando nos mostraba a Dios complaciéndose en restablecer en nosotros la semejanza y en rehacer la unidad primordial "jugando" con nuestras diferencias.